



QUEREMOS OBISPOS ENCARNADOS

A pesar de lo que piensen algunos, los católicos no pretendemos obispos heroicos ni geniales. Sabemos demasiado que la época pagana de los grandes héroes brillantes ha pasado. El culto a la personalidad —sea de santos o de grandes figuras anticlericales— pasó a la historia.

Los católicos sólo queremos creyentes —sean obispos, clérigos o laicos—, encarnados en los problemas del tiempo; en las inquietudes y cuestiones de nuestra época, de nuestra región y de nuestro pueblo. Y que los vivan como cualquiera, sin creerse que su alta función eclesial o su condición de creyente les hace especialmente capacitados para ponerse por encima del pueblo.

Queremos, ante todo, «el conocimiento del momento presente», como decía el gran pensador cristiano Paul Tillich. Y queremos que este conocimiento sea una vida; y no un nuevo motivo para esas charlas de café, que ayer fueron los círculos de estudio y hoy, muchas veces, lo son los equipos de militantes o las comunidades de base.

Aunque hoy no estén ya de moda los santos, porque a todos esta palabra nos produce una especial alergia, como si quisiera revivir tiempos definitivamente pasados, sin embargo es preciso reconocer lo que fueron esas figuras del pretérito. Los santos del cristianismo no resultaron nunca, a pesar de lo que han dicho sus hagiógrafos, héroes singulares, al modo de las antiguas figuras cumbre del paganismo. Fueron —salvo excepciones, casi siempre exageradas por la historia pía— seres corrientes que sabían vivir, día a día y minuto a minuto, la vida de los hombres; pero la vivían —eso sí— a fondo y sin superficialidad alguna.

Los modelos para nuestro tiempo tienen también que ser esos seres corrientes, que viven mañana a mañana y hora a hora la vida y problemas de todo hombre. Esos son los modelos que Péguy, el inconformista Péguy que —a pesar de ser un gran testigo cristiano nunca entró en el cuerpo de la Iglesia— alababa a principios de este siglo: una pastora que fue líder político, como Santa Genoveva de París; un rey anticlerical, como San Luis de Francia; una doncella guerrera y contestataria, como Santa Juana de Arco.

Todos ellos fueron «santos carnales...», encarnados en su tierra, mezclados con la vida y asuntos de su tiempo, líderes de masas y creadores de acontecimientos, cuya señal ha quedado bien marcada en la historia de las cosas humanas terrenas» (Ch. Péguy, por P. Archambault. Ed. Bloud y Gay. París).

Así es como concebimos hoy a todo creyente, sea obispo, clérigo o seglar.

Y esto lo recordaba oyendo al nuevo obispo de Segovia en su consagración episcopal, pasando todas estas ideas, como un vertiginoso documental histórico, por mi imaginación.

En lo que nos habló, no cayó este prelado en un discurso cansino ni pío, ni en un sermón dirigido al mundo eclesial conservador, intentando atraerlo con críticas a las «exageraciones» progresistas, ni tampoco cantando una palinodia diplomática que a nada hubiera conducido.

Se limitó simplemente a cumplir con las tres cosas que pedía el gran teólogo protestante K. Barth, recientemente fallecido, al que debe ser predicador —como debe serlo todo obispo—: 1) «No debe jugar al clericalismo; ni ser **vandoso** o por la conciencia de su misión o de su función o de su teología»; 2) «es importante **ser lo que se es**, sobre todo cuando se tiene un cargo apostólico»; 3) «el predicador **ama a su comunidad**, debe hacerse un cuerpo con ellas».

Y evitó, por supuesto, caer en los tres grandes defectos de aquel que manda en lo espiritual por medio de la palabra: 1) «No

debe ser... el adivino del pueblo»; 2) «ni debe ser el tirano o un fanfarrón»; 3) «ni tampoco un solitario divorciado de su comunidad» (K. Barth. «La proclamación del Evangelio». Ed. Sígueme).

¿Cómo consiguió esto? De modo bien sencillo.

En vez de hacer disquisiciones teológicas al estilo moderno u oscuras alusiones a los pensadores católicos avanzados, se limitó a hablar de aquella tierra que tenía bajo sus pies, de su nueva tierra: de esa Castilla anticuada, que se desangra poco a poco por la evasión del campo a causa de las escasas posibilidades de desarrollo cultural, económico y social que ha tenido.

El hombre tiene que desarrollarse, y a ello le acucia un motor interior, que siempre tiene vivo a menos que las circunstancias lo maten. El motor de querer ser siempre más de lo que se es.

«La persona —dijo con razón el filósofo Lavelle— es el único ser que no puede realizarse sino superándose».

Por eso, ¿cómo puede afianzarse un cristianismo y un humanismo plenos si el medio ambiente y la naturaleza son raquíuticos y sin perspectivas?

El éxodo de la juventud campesina y rural hacia la gran ciudad industrial tiene sus razones, que hemos olvidado demasiadas veces. La atracción que sienten los jóvenes por los grandes núcleos urbanos tiene una causa poderosa: la falta de atractivo que el bajo desarrollo de estas zonas encuentra en un corazón joven y en una mente que quiera estar despejada hacia el futuro.

Por eso, si no creamos un desarrollo económico descentralizado; si no fomentamos al máximo la industria complementaria del campo; si no difundimos cultura, diversiones y amplia educación que produzcan relaciones humanas más satisfactorias y modernas, las tierras se despoblarán por afán económico legítimo o por afán humano y cultural plenamente justificados.

Los mayores, los responsables de todos los ambientes sociales, debemos ser conscientes de ello y fomentarlo de verdad, arbitrando cauces para una transformación radical y profunda de las estructuras sociales que todavía vivimos.

Hace poco leía un trabajo importante traducido al castellano: «Comunidad y Desarrollo», de Marco Marchioni. En él presenta el autor la posibilidad de «un proceso no-violento de modificación y de progreso de las comunidades locales, realizado por los mismos miembros que las forman». Eso es lo que hay que intentar usando todos los procedimientos de educación y de comunicación de masas, que deben estar en nuestras manos. Si esto no lo hacemos urgentemente, no conseguiremos el desarrollo material y humano que todos pretenden en el fondo de su ser, y, particularmente, la juventud. Y ésta se irá, irremediablemente, hacia el espejismo de la monstruosa ciudad industrial que satisface —aunque sea artificiosamente— parte de esos anhelos incumplidos en el mundo rural.

Pero, no nos engañemos, esta labor no es tan fácil. Porque para ello no bastan pequeñas recetas morales, como siempre acostumbramos los creyentes, ni tampoco arreglos sociales dentro de una estructura capitalista, que nada definitivo consiguen para el futuro. Pablo VI pidió, en la *Populorum Progressio*, «transformaciones urgentes, profundas y rápidas», y Pío XII había dicho, aunque quienes le escuchaban le entendieron raquíticamente mal, que «el mundo hay que rehacerlo desde sus cimientos».

Esta es la perspectiva que desfiló por mi mente al escuchar las palabras de este nuevo obispo. Palabras que tuvieron un segundo desarrollo decisivo: la lucha contra los ídolos religiosos.

Lucha necesaria para evitar la permanente alienación religiosa en que el pueblo creyente se encuentra demasiadas veces. Y sin la cual muchos esfuerzos de desarrollo cultural, humano o social se hacen ineficaces.